CANTO XIII.

Gabriel reune á los ángeles y á los resucitados en torno del sepulcro de Cristo para esperar su resurreccion.—Dudas del oficial romano que guarda el sepulcro.—El alma de la hermana de Lázaro viene á confundirse entre los inmortales.—Obaddon hace salir del mar Muerto á Satanás y á Adramelech, y les deja la eleccion de volver á los Infiernos ó ir cerca del sepulcro de Cristo.—El Mesías se despierta del seno de la muerte; los ángeles y los resucitados le saludan con cantos de triunfo, y muchos bienaventurados descienden de las nubes para glorificar al Salvador del mundo.—El alma de un pagano que acaba de morir es conducida ante Cristo, y por el juzgada.—Gabriel manda á Satanás volver á los Infiernos.—El oficial y los soldados romanos van á dar cuenta al sanhedrin de lo que ha pasado mientras custodiaban el sepulcro de Jesús.—Suicidio de Filon el fariseo; Obaddon precipita su alma en la Gehenna.

Reunidos todavía en el valle en que se durmieron con el sueño de la muerte, los patriarcas gozan las inefables alegrías de su reciente resurreccion. Los ángeles vuelan al rededor de la Tierra, y bendicen la especie humana, que acaba de reconciliarse con su Creador por la eficacia del gran sacrificio de la redencion. Pero dolorosas emociones se mezclan á sus alegrías, y con frecuencia agitan sus purpúreas alas, oscurecidas por las exhalaciones de la Tierra, como el viajero sacude el polvo que se adhiere á sus piés.

Gabriel está en pié junto al sepulcro de Cristo, y Elohá permanece en igual actitud en uno de los soles que dan vuelta á los Cielos.

De repente Gabriel se lanza al espacio buscando el signo de la resurreccion. Sus ojos se fijan con jubilosa esperanza en el más grande de los Oriones, y el astro brilla con esplendor más vivo, derramando sus rayos torrentes de luz.

El serafin vuelve á bajar á la Tierra, se cierne sobre el valle de Mambré, y con voz terrible como la voz de la tempestad cuando derriba bosques y ciudades, exclama:

—«¡Seguidme todos, seguidme al más santo de los sepulcros!»

Y los ángeles y los patriarcas rodean el sepulcro del Dios muerto por la salvacion de los hijos de Adam.

Gabriel se sienta en este sepulcro. El ángel de la muerte, el mismo que Jehová envió al Mesías, se adelanta temblando, se echa en brazos del serafin, y dice:

—«¡Ay, celestial hermano mio! ¡Para mí solo es siempre de noche; para mí solo esta tierra santificada tiembla y gime todavía! Desde que existen los mundos y sus habitantes, ejecuto con valor y resignacion las órdenes que se digna darme el Eterno; pero la última víctima que me mandó inmolar ha agotado mis fuerzas. Reanímame, divino Salvador, que vas á salir del sepulcro donde te he hecho descender, para ir á sentarte á la diestra de tu Padre.»

Dice, y silencioso y sombrío se apoya en la más negra piedra del sepulcro.

Los ángeles y los patriarcas hablan de la próxima resurreccion del Mesías.

—«¿Se despertará con el Sol? pregunta uno de los patriarcas. ¿Embellecerá las galas primaverales de la Tierra con un reflejo de su magnificencia, ó debe quedar el mundo adormecido mientras el Salvador salga de las sombras

de la muerte? Cuando se eleve por encima de su sepulcro, ¿lo reducirá á imperceptibles átomos que el aire arremoline y disperse? Esa negra roca que se redondea sobre su sepulcro, ¿se elevará á las nubes, cuando el vencedor de la muerte levante la cabeza por encima del polvo que le cubre? ¿Podremos nosotros mirar sin deslumbrarnos el vívido esplendor de su gloria?... ¡Oh! mi débil corazon apenas puede contener las dulces inquietudes, las inefables esperanzas que lo inundan.»

Abraham hace oir á su vez este canto de triunfo y de felicidad:

—«Yo veré al vencedor de la muerte, al Dios que se ha inmolado por salvar al género humano; le veré salir del sepulcro y entrar triunfante en la vida eterna.»

Dice; y la Luna, que se habia velado con espesas nubes, reaparece brillante y pura; pero esas sombrías nubes que flotan en los aires, vuelven muy luego á agruparse en torno de la reina de la noche, interceptando de nuevo sus rayos dulces y benéficos.

En este momento, algunos peregrinos, venidos á Jerusalem con sus mujeres y sus hijos para asistir á las fiestas de Pascua, pasan no lejos del Gólgota; el deseo de hallar pronto sus hogares acelera sus pasos, por lo cual avanzan descuidados y alegres. Al salvar el círculo que los inmortales forman en torno del sepulcro, los sobrecoge un santo terror, y huyen espantados sin saber qué temen ni qué peligro quieren evitar.

En esta fuga súbita, un niño se encuentra abandonado; grita y llama, pero no pueden oirlo ya sus padres. Un ángel le tiende la mano, lo guia cerca de su madre y desaparece en medio de las sombras de la noche.

Cuando este ángel protector vuelve á ocupar su puesto

cerca de David, el piadoso rey le acoge con una sonrisa de gratitud y le dice:

—«Aquel cuya resurreccion esperamos hará por todos los pueblos de la Tierra lo que acabas tú de hacer con ese niño... ¡Resureccion! palabra sublime, que jamás comprendereis vosotros, serafines, espíritus puros, á quienes no puede llegar la destruccion; pero la comprende el Hijo del Eterno, que se condenó á morir como un hijo de la Tierra. Pronto, sí, muy pronto resucitará.»

Dice, y se echa en brazos de Asaph (1), fijando sus brillantes ojos en el sepulcro de Cristo, á la manera que un mortal virtuoso mira fijamente al Cielo, cuando sus piadosas meditaciones le recuerdan los beneficios del Salvador.

El semblante del profeta-rey brilla con esplendor más vivo; sus ojos lanzan fulguraciones divinas, y su voz, sostenida por los acordes de su lira, canta este salmo profético:

«Tú que revelarás al mundo el porvenir que le espera; tú, autor futuro del Apocalipsis: un dia en las playas de Pátmos verás en lo alto de los Cielos un cordero cubierto de heridas resplandecientes, y al rededor de este cordero legiones de pecadores redimidos con su sangre, llevando en la frente el nombre del Padre, y teniendo en sus brazos poderosas arpas para sostener los cantos de sus himnos á la gloria del Hijo (2). Así le hemos visto al expirar en la cruz. ¡Ah! ¡Todavia duermes, cuerpo del Increado! Serafines, aun no érais vosotros, cuando su pensamiento, sondeando los abismos del porvenir, derramó sobre la forma primitiva de la creacion el reflejo de su sacrificio. Los mortales dormirán el sueño de la muerte, como él mismo lo ha dormido: des-

(1) Cantor de David y gran músico. Asaph fué el primero á quien David confió uno de sus salmos para cantarlo en el tabernáculo.

(2) Imitacion del cap. XXII del *Apocalipsis*.

pués todos despertarán. Esta luz celestial fué durante mucho tiempo un crepúsculo dudoso; el dia ha llegado al fin. Vosotros todos, testigos de su muerte, referídsela á todos los valles del Cielo, á todas las moradas de la Tierra, á todos los abismos de los Infiernos, á fin de que los Infiernos se estremezcan y se hundan más y más en sus horrorosas profundidades.

«El hombre Dios, continúa diciendo el Real profeta, va á levantarse del polvo del sepulcro, y á mostrarse en toda su magnificencia. Llegad, vosotros que fuísteis sus testigos sobre la Tierra: apresuraos; que ya se abren las mansiones de la paz eterna, y se inclinan, llamándoos, las palmas celestiales. En breve correrá vuestra sangre; en breve estará cumplida vuestra mision gloriosa. Sangre de los mártires, no pidais venganza como en otro tiempo la sangre de Abel; no pidas más que coronas inmortales. Preparadas están estas coronas, y os esperan, á tí, Estéban, y á tí, Santiago. Apenas comienza la aurora de la salvacion, y ya triunfais.»

Así canta David.

Pero el exceso de su alegria detiene el vuelo de su santa inspiracion, y calla como su arpa divina.

José eleva á su vez la voz, é inclinándose á Benjamin, el más querido de sus hermanos, lo cubre con la palma que tiene en su mano derecha, y dice:

—«Una inefable alegria penetra mi corazon, cuando el pensamiento me recuerda la hora dichosa en que el Eterno me permitió al fin deciros á todos: *¡Yo soy José! ¿Vive mi padre aun?* ¿Qué sentiré cuando rasgues el sombrío velo de la muerte, tú, hermano divino de tantos desgraciados redimidos con tu sangre? Muéstrate en todo el esplendor de tu magnificencia. Nosotros no te hemos desconocido en tu

abatimiento voluntario; pero tú tendrás piedad aun de los que no te llamen porque no te conozcan; tú darás alas al dichoso dia que debe revelarte á toda la Tierra. Ve el que ha creado los ojos, oye el que ha creado los oidos: ¿podria no ser todo indulgencia y misericordia el que ha creado el corazon? Él reunirá á todos los pueblos bajo la santa bandera de la redencion. Abraham, Isaac, y tú, Jacob: entre esa jubilosa cohorte, buscais en vano con la vista vuestra futura raza, en otro tiempo la escogida del Señor..... Retened vuestras quejas y gemidos; esperad... la hora en que podreis conducir á todos vuestros hijos á los piés de la víctima del Gólgota, es un misterio hasta para los inmortales; pero vendrá, vendrá esa hora suspirada, y entonces el porvenir de los pueblos se habrá cumplido. El Salvador dirá: «Reconocedme: yo soy Jesús.» Y les ceñirá á todos la blanca vestidura de la inocencia, señalada con la sangre de la redencion. Y los mensajeros del Cielo volarán de estrella en estrella para anunciarles el astro esplendoroso que se elevará en fin por encima de los desiertos del Empíreo. Los Cielos se prosternarán ante su Señor, y los cantos de gloria y de gratitud celebrarán la bondad infinita del Salvador.»

Dice; y las arpas y salterios que acompañaban su voz unen sus acordes á los demás cantos.

Pero estas celestiales armonías, ora impetuosas y terribles como los bramidos del mar, ora dulces y halagüeñas como el murmullo de un arroyo, solo son oidas por los inmortales. Los himnos de los Cielos no son como los de la Tierra, fantásticos hijos de una inspiracion pasajera, sino hijos inmortales de la animacion primitiva y de la intuicion divina, que refieren el pensamiento de la criatura al pensamiento de su Creador. Si un simple mortal pudiera oir

semejantes cantos, no seria sino en el momento en que su alma abandona la Tierra para volar á su patria celestial.

El divino muerto duerme todavia, y los ángeles y los resucitados continuan sus cantos, porque su felicidad no ha alcanzado aun ese grado en que no puede ya manifestarse más que por medio de lágrimas y de un mudo éxtasis.

Una brillante nube desciende lentamente hácia el monte de las Olivas, trayendo al profeta Ezequiel, cuya voz severa y poderosa cautiva la atencion de los inmortales.

«En otro tiempo ví en torno de mí descarnados huesos, y el Señor me mandó gritarles: ¡Muertos! ¡escuchad la voz del Eterno!—Obedecí al mandato, y un rumor misterioso estremeció la tierra, y los huesos se reunieron, y los vientos soplaron la vida en sus resucitados cuerpos. Terrible y sublime es el recuerdo de aquel momento; pero aun lo es más el de mi reciente resurreccion. ¡Gloria á tí, divino Salvador, que me has despertado, aunque tú duermes aun! Tus huesos no se secarán; tu Padre ha querido que mueras, pero no abandonará á su hijo á la destruccion. La miés que se prepara será más grande que aquella de que fuí testigo; más grande que la que madura para el dia en que suene la trompeta terrible. La miés que se prepara no dará más que una espiga, pero superará en riqueza á las innumerables gabillas de la gran cosecha. Si esta espiga única no llegara á su madurez, el metal sonoro no daria nunca la señal de la recoleccion universal. ¡Salud y gloria á tí, celestial espiga! los Cielos se abrigarán á tu sombra: sólo la muerte no hallará lugar á tu lado, pues desaparecerá en la nada, y tú restablecerás el imperio de tu Padre, á fin de que Dios sea todo y en todo.»

Así canta Ezequiel, y los ángeles y los resucitados repiten en coro:

«¡Que Dios sea todo y en todo!»

El hijo de Amós sale del círculo luminoso de los inmortales, desciende al Gólgota, y se detiene al pié de la cruz. Daniel le sigue de cerca, y los dos profetas se miran, se adivinan, agitan las cuerdas de sus salterios, y canta Isaías el primero:

—«Aquí cargó con todos nuestros males, aquí soportó nuestros dolores todos, y los hombres ciegos creian que expiaba sus propias culpas.»

Daniel contesta:

—«¡Por nosotros ha padecido, por nosotros ha muerto! Por darnos la paz y la ventura se ha entregado á la muerte: su divino sacrificio está consumado. Hé ahí cómo nacen los súbditos de su reino, innumerables como las gotas del rocío matutinal. Va á despertarse á la vida nueva, y esta nueva vida será una eternidad bienaventurada. Su sabiduría se derramará por todo el Universo, para iluminar á los hijos de la Tierra, y hacerlos dignos de heredar la magnificencia de su Salvador; porque el Salvador ha borrado los pecados del mundo.»

Isaías añade:

—«Ha guardado silencio mientras sus verdugos lo atormentaban; el Cordero sin mancha ha guardado silencio mientras lo arrastraban al suplicio. Ha muerto con la muerte de los criminales, porque llevaba todos los pecados de la raza de Adam: la más horrible de las agonías ha desgarrado su alma. Pero va á despertar y recoger el premio de su sacrificio. La justicia eterna ha sellado para siempre la ruta de transgresion á la ley divina: el pecado ha sido remitido; la salvacion acaba de nacer. ¡Gloria al Hombre-Dios, que ha consumado esta grande obra! Ha sido ungido por su Padre en lo alto del Gólgota: sí, el divino Muerto del Gólgota es el Ungido del Señor.»

Y semejante al murmullo de la brisa celestial cuando pasa por el follaje del árbol de la vida, la voz de los inmortales repite á coro:

«Ha sido ungido por su Padre en lo alto del Gólgota: sí, el divino Muerto del Gólgota es el Ungido del Señor.»

La guardia romana que velaba cerca del sepulcro acaba de ser relevada: la que la reemplaza está mandada por Eneo, oficial que ha visto morir á Jesús y sentido temblar la Tierra bajo sus piés en tan supremo momento.

Los soldados miran con una atencion mezclada de temor la piedra sellada en la roca, donde yace la víctima inmolada en la cruz.

Poseido de una vaga inquietud y de dudas aflictivas, se pasea no lejos de ellos pensativo el oficial romano. La soledad, el silencio, los efectos fantásticos de la Luna, que ya se vela de nubes, ya inunda la comarca con sus misteriosas claridades, todo lo que le rodea parece querer ponerse en armonía con su pensamiento, que un poder irresistible hunde más y más en un laberinto sin salida.

—«¿Era hijo de un Dios? se pregunta. Y ¿de qué Dios?... ¿Del de Israel?..... Este pueblo, cuya conquista nos ha sido tan fácil, ¿merece conocer al verdadero Dios? ¡Cuán pequeño, vil y despreciable es por sí mismo este pueblo de esclavos! pero ¡cuán grande por el Dios á quien llama Jehová! ¿Y quién me responde de que sean verdaderos los milagros atribuidos á ese Jehová? Dudo de ellos; mas entonces ¿por qué no dudar de las maravillosas aventuras de Júpiter?... Sin embargo, si el Nazareno es, en efecto, el hijo del gran Jehová, ¿cómo ha podido morir? Y si solo es un simple mortal, ¿qué Dios le ha dado tanta virtud, tanta fuerza sobrenatural?»

Un esclavo de la casa de Pilato viene á interrumpir estas reflexiones.

—«Valiente Eneo, le dice á media voz: la noble Porcia me envia á preguntarte si todo está tranquilo junto á este sepulcro; si no se acerca nadie al Muerto divino.»

El oficial contesta:

—«Ve á decir á tu ilustre señora, que todo está tranquilo al rededor de este sepulcro, y que nadie se acerca al Muerto divino. Añade, que mi espíritu se halla en una agitacion cruel, porque me pregunto sin cesár si resucitará, ó si duerme para siempre. Vé y tranquiliza á la ilustre Porcia: ella tambien, lo sé, espera con ansiedad el desenlace del misterioso destino del más virtuoso de los hombres.»

El esclavo se aleja, y Eneo se acusa de no haber dado á Jesús el título que su pensamiento le da.

—«No, dice, no es sólo el más virtuoso de los hombres; es más, es el hijo del más grande de los dioses..... ¿Qué he dicho? Reniego de Júpiter, declarándolo inferior á Jehová, á quien no conozco... ¡Oh! sí, le conozco; todo lo que de él se dice es verdad. Si los hijos de Israel, vencidos tantas veces, hubieran adorado á Júpiter, la imágen de este dios y su impotente rayo habrian caido en ruinas, como cayó en otro tiempo la imágen de Dagon (1)... ¿A dónde me lleva el pensamiento? ¿Qué poder irresistible me impele á sacrificar los dioses de mis padres á ese terrible Dios desconocido? ¡Oh Júpiter! si tú eres más que él, aniquílame; yo te lo ruego por las negras ondas del rio cuyo nombre pronuncias para sellar tus juramentos... ¡Tu rayo permanece quieto!..... Jehová, dígnate revelarte á un desgraciado, que te busca y llama. ¡Ah! ¡que no haya sido yo testigo de los mi-

(1) Dios de Azot, en el pais de los filisteos. Cuando los filisteos llevaron el arca santa al templo de Dagon, hallaron al dia siguiente el ídolo con la cara contra el suelo. Habiéndose repetido el milagro muchas veces, hubieron de devolver el arca al pueblo de Israel.—*Samuel, lib. I, cap. V.*

lagros de Jesús! ¡Que no le haya oido yo, cuando hablaba de los hombres, de Dios y de sí mismo! ¿Iré á preguntar á sus discípulos? Su condicion es oscura, su espíritu sencillo y limitado... y la sencillez no es más digna de fe que esa sabiduría orgullosa que se extravia muchas veces en las sombras de una ciencia engañadora... Jesús ha muerto; yo no podré ya verle ni oirle aquí abajo... lo encontraré en una vida mejor. ¿Hay efectivamente otra vida? ¿Y será mejor para mí?... Pues que él ha padecido tanto, siendo inocente y puro, ¿qué no habrán de padecer los que hayan sido culpables?..... Me pierdo en estos sombríos pensamientos. Cuando él gemia aun en la cruz, hubiera podido preguntarle. Ya está mudo para siempre... Ha prometido á los suyos resucitar; sus mismos enemigos lo creen, puesto que nos hacen guardar su sepulcro. Y si no resucita, ¿quién aclarará mis dudas? ¿quién me enseñará la verdad?... El porvenir no es ya para mí sino una noche sin estrellas. ¡Ah! ¿Por qué las rápidas flechas y las agudas lanzas, que tantas veces he arrostrado en medio de las batallas, me han respetado hasta ahora? ¡Inmortal Bruto! cuando te viste obligado á reconocer que la virtud no encontraba más que ódio y persecucion, asiste tu vengadora espada..... Yo he visto inmolar al más virtuoso de los hombres, y permanezco inactivo. No, no es el temor de la muerte lo que me contiene; que la he arrostrado muchas veces marchando á su encuentro bajo las alas amenazadoras de nuestras águilas... Ardo en deseos de vengar á Jesús, y un poder misterioso me impide realizar este deseo. ¿Me ocultará mi vacilacion un nécio amor á la vida? ¡Ah! si fuera así, ¡con qué alegría moriria por tí, noble víctima del Gólgota!»

Así se agita y atormenta Eneo por buscar la Divinidad; pero la busca en vano, porque la dulce estrella que alumbra los senderos de la verdadera sabiduría no ha salido aun para él.

Después de haber hecho pasar el alma de la hermana de Lázaro por los sombríos valles que conducen á la vida eterna, su ángel custodio la introduce en la augusta congregacion de los resucitados.

Benoni es el primero que ve á su nueva hermana; y con voz dulce, como un canto de amor que se pierde entre las nubes de la tarde, le dice:

—«¡Infortunada María, tú no le has visto morir! ¡Bienaventurada María, le verás resucitar! Toma este salterio, y canta con nosotros la gloria del Eterno.»

Y la hermana de Lázaro contesta:

—«¿Me es permitido, en efecto, unir mis débiles acentos á los de los inmortales, cuyas frentes augustas veo adornadas de espléndidas coronas?»

—«Sí, María: repite conmigo este himno, que Ezequiel acaba de enseñarme:

«La miés que se prepara será más grande que aquella de que fuí testigo; más grande que la que madura para el dia en que suene la trompeta terrible. La miés que se prepara no ofrecerá más que una espiga; pero superará en riqueza á las innumerables gabillas de la gran cosecha. Si esta espiga única no llegara á su madurez, el metal sonoro no daria nunca la señal de la recoleccion universal. ¡Salud y gloria á tí, celestial espiga! Los Cielos se abrigarán bajo tu sombra: sólo la muerte no hallará lugar á tu lado, desapareciendo en la nada, y tú restablecerás el imperio de tu padre, á fin de que Dios sea todo y en todo.»

Y María contesta con voz trémula de felicidad:

—«¡Ah! ¿Cómo expresar, Benoni, las inefables venturas que arrebatan mi alma? El que da la vida y la muerte ha

derramado sobre mí la copa de su misericordia, y me ha permitido asistir á su resurreccion en medio de vosotros, sus escogidos. Hermanos de Jesús, hermanos amados mios, que me acogeis con amor, decid: ¿quién de nosotros hubiera osado esperar las indecibles alegrías que gozamos? Distribuidor infatigable de los tesoros del Cielo, tú no te limitas á inundarnos de beatitud, sino que la haces eterna. ¡Sí, nuestra felicidad es eterna! Pensamiento embriagador, aun no puedo abrazarte en toda tu extension. Distribuidor infatigable de los tesoros del Cielo, tus hijos se pierden en el esplendor de tu eternidad, y se encorvan bajo el peso de tus beneficios. Pero así lo quisiste desde antes que naciera yo, hija de la Tierra; así lo quisiste desde antes que salieran de la nada los Cielos y los mundos, hijos inmortales de tu pensamiento. Todo lo que existe, por tí se mueve y se eleva de grado en grado. Cada una de las criaturas tiene su escala, que le ayuda á subir, á través de los aeones, de beatitud en beatitud, siempre, siempre más arriba, hasta el pié de tu trono, distribuidor infatigable de los tesoros del Cielo.»

Así canta la hermana de Lázaro, y los inmortales contestan á coro:

—«Padre de los séres, principio de amor, la noche de la nada se tragará los mundos y velará los Cielos antes que se agote el rio de tu misericordia. Este rio divino nace al pié de tu trono, y es inmenso como lo infinito; sus ondas surcan las regiones de la noche y las del dia, braman y se precipitan á través de la creacion, de mundo en mundo, de estrella en estrella, y los Cielos escuchan sus rumores, que repiten los cantos de los bienaventurados; y los habitantes de los mundos escuchan su murmullo, que predice la redencion, y todos van á beber la salud eterna en sus ondas

inagotables. Hombres ya redimidos, hermanos del divino Muerto, apresuraos, venid á apagar vuestra sed en el rio de la salvacion. Vuestro paso es vacilante; pero ¿qué importa? Sostenidos estais por un poderoso guia, el más poderoso de todos, aunque su corazon se haya roto, cuando sus lábios pronunciaron esta palabra sublime: *¡Todo está consumado!* Ahora dormita en el sepulcro, semejante al activo operario que, después de un largo dia de penoso trabajo, se duerme con el último crepúsculo. Sí; el leon de Judá se ha dormido á la sombra del cedro. Infierno, si no te hubieras embriagado en el cáliz de las venganzas celestiales, quedarias mudo para no despertar al divino Durmiente. Pero él se despertará, y se levantará bajo la sombra del cedro, y se elevará hasta la diestra de su Padre, y os pisará á su paso, príncipes infernales. Al paso del leon vengador, al paso del cordero irritado, los desiertos quedarán más áridos, y los abismos se hundirán más en la noche eterna.»

Así hacen los inmortales presentir á los Infiernos los castigos que les esperan.

Este canto misterioso es para Obbadon una señal que le obliga á abandonar el sepulcro de Jesús.

El Angel exterminador ha vuelto á levantar su lúgubre vuelo: dirígese al mar Muerto, desciende á sus desoladas orillas, se envuelve en una nube nocturna, y llama con su voz poderosa á Satanás y á Adramelech.

A estos nombres malditos, se estremecen las negras ondas, se arremolinan y sublevan. Una ola inmensa rueda lentamente hasta la playa erizada de rocas, deja en ella á los dos príncipes de las tinieblas, y retrocede al punto como espantada de lo que deja en tierra.

El Angel exterminador repele la nube en que se habia